

CAPITULO XIV.

Sacerdotes.—Sacrificios.—El Chilam.—El Chac.—El Nacon.
Víctimas humanas.—Antropofagia.

Los mayas poseían una completa teogonía, y, para el servicio de sus divinidades, había numerosos sacerdotes temidos y venerados, que ejercían, por lo mismo, influencia profunda en todas las clases sociales. Por deber de su profesión, debían ser los más ilustrados, pues que se dedicaban á estudiar y profundizar las ciencias: leían y escribían los libros llamados *analté*, predicaban, presidían y dirigían las ceremonias religiosas, y asistían á las fiestas patrióticas. Como ocupación anexa, cultivaban la medicina: conocían las virtudes de las yerbas, aplicaban remedios y ensalmos á los enfermos, anunciaban el resultado de las enfermedades, y se avanzaban hasta á hacer vaticinios.

Usaban vestido talar blanco de algodón, y se dejaban crecer los cabellos, que les caían por las espaldas y mejillas en prolongadas greñas, sucias, asquerosas, exhalando inmundo olor, proveniente de la sangre de las víctimas, que se untaban en los sacrificios. Repugnancia debían causar; pero el temor y la superstición se sobreponían; temíanlos y respetabanlos, pensando que, como ministros de la

divinidad, podían desencadenar males inefables sobre los que arrostraban su enojo: casi ejercían más autoridad que los mismos caciques. Así era cómo príncipes y súbditos, nobles y plebeyos los acataban dócilmente, y aun sufrían con resignación los castigos que imponían á los infractores de las ritualidades del culto.

Engañaban al pueblo, fingiendo que consultaban á los dioses, que evocaban los espíritus, y que recibían sus enseñanzas, las cuales trasmitían religiosamente. Para ello, fabricaban, en el templo, una gran columna hueca con secretas entradas, dentro de la cual uno de los mismos sacerdotes se ocultaba para hablar al pueblo. Escuchaban aquella voz misteriosa como venida del cielo por las súplicas de los sacerdotes. Ellos, además, procuraban prestigiarse á los ojos del pueblo, con obras extraordinarias, como ásperos ayunos y crueles penitencias: no economizaban dolores, y á menudo se sacaban sangre con arpaduras y escarificaciones para rociar á sus ídolos.

Los más populares entre los sacerdotes eran los *chilames*, evocadores de espíritus, que, con sus agüeros, adivinaciones y sortilegios, traían embaucado á todo el mundo. Los llevaban cargados en andas, y siempre iban rodeados de numerosa clientela, deseosa de penetrar los secretos del porvenir: quien les preguntaba cual sería el resultado de sus negocios; quien, cual sería el fin de un conflicto; quien, cuándo terminaba la guerra, la peste ú otra calamidad. Los enamorados acudían á ellos ávidos de saber el término de sus amorosas cuitas; los desposados para averiguar los años de vida que les re-

servaba el destino; también los agricultores, anhelantes, preguntaban qué cosecha les deparaba el tiempo; pero su mayor clientela se contaba entre los que, enfermos ellos mismos, ó afligidos de ver á un ser querido en el lecho del dolor, querían arrancar al futuro el desenlace final de su dolencia. Por esto, los *chilames* casi siempre eran curanderos: además de las pedrezuelas (*zastun*) del agorero, y de las greñas del sacerdote, llevaban consigo las yerbas y raíces medicinales que recogían en el campo.

Tenían los sacerdotes algunos auxiliares, tales como los *chaques* y *nacones*. Los *chaques* eran cuatro ancianos, que anualmente se elegían, y que, como sacristanes, ayudaban á los sacerdotes en el desempeño de sus funciones.

Los *nacones* ejercían el oficio de verdugo ó sacrificador, y á ellos correspondía, en los sacrificios humanos, abrir el pecho á las víctimas extendidas sobre la piedra sagrada, arrancarles el corazón, y entregarlo palpitante, caliente todavía, á las manos del sacerdote, para ofrecerlo á los ídolos. Su empleo era vitalicio, y no se le debe confundir con el destino guerrero de capitán de milicia, que también llevaba el título de *nacon*; pero que no tenía nada de común con este funcionario idolátrico, tan repulsivo como digno de aversión.

Veneraban á sus dioses con prácticas diversas: ó se abstenían de sal y chile en sus comidas, ó guardaban continencia, ó comían de vigilia, ó ayunaban, ó hacían plegarias y quemaban copal, ú ofrecían flores y yerbas olorosas. Los sacrificios eran, por lo común, de animales; mas no escaseaban los sacrificios hu-

manos, que, formando prolongada escala, descendían desde la arpadura de distintos miembros del cuerpo, hasta la muerte acompañada de los más dolorosos tormentos. A veces se cortaban las orejas á la redonda; otras se agujereaban las mejillas; quien se horadaba los labios inferiores, ó la lengua al soslayo, y enhilando un cordel aspero, se formaba un cedal dolorosísimo; y eran muchos los que se causaban otras lesiones en el cuerpo, que, á más de cruentas, eran indecentes. En Yucatán, como en todos los países sumergidos en las hedentinas de la idolatría, la crueldad se daba de mano con la torpeza, en las ceremonias del culto.

Había una circunstancia plausible, y era que, en habiendo derramamiento de sangre, ó impurezas en las ritualidades del culto, siempre estaban ausentes las madres de familia y las doncellas, las cuales, por un resto de piedad y de pudor, se abstenían de concurrir al templo en las fiestas que se solemnizaban con sacrificios humanos. Por naturaleza devotas, se contentaban con ofrecer á sus ídolos, aves, venados, peces, pan, hidromel, y otras comidas ó bebidas.

Para la solemnidad de los sacrificios, existían dos piedras en cada templo: una en el interior y otra en el atrio: ambas largas, planas, delgadas, lisas y pulidas, como de cuatro ó cinco palmos de extensión: estaban sostenidas por un pedestal, á manera de columna ancha y gruesa. En el atrio estaba sembrado un madero recto y elevado, primorosamente esculpido, que servía para atar á las víctimas.

Un sacrificio en que el hombre hiciese de víctima era solemnidad extraordinaria, á que se re-

curría, por consejo de los sacerdotes, para conjurar una plaga, librarse de una tribulación pública, ó para remediar alguna necesidad apremiante. A este fin estaban destinados los esclavos, que se compraban con este objeto, y los prisioneros distinguidos que se hacían en la guerra: algunos entusiastas devotos tenían la iniquidad de consagrar sus propios hijos á tan odioso destino.

Con anticipación se marcaba el día del sacrificio, y se elegía al desgraciado que debía pasar por tan horripilante angustia. Desde entonces, la víctima era puesta como en prisión de flores y deleites, bajo la custodia de hombres segurísimos que no le permitían escaparse, ni mancharse con liviandades; pero que se afanaban en regalarle con halagos, recreos, comidas y bebidas las más succulentas y apetitosas: nada le faltaba de lo que podía apetecer en materia de alimentos, comodidades, caricias y mimos. Se tenía especial anhelo en satisfacer todos sus deseos, como si quisiesen compensarle, con días de deleite pasajero, el martirio á que lo sujetaban. Se le recreaba con músicas, bailes y regocijos, y, ricamente vestido, se le paseaba en procesión por los pueblos del distrito. Así, entre comidas y holgorios, agonizaba la desdichada víctima hasta que llegaba el día del sacrificio.

En aquel día, la plaza, el atrio y el templo, se engalanaban de festones, abundaban las flores, y las yerbas olorosas perfumaban el aire; numeroso gentío, compuesto de hombres, vestidos todos de fiesta, concurría á la solemnidad; comparsa numerosa, en traje de baile, iba en busca de la víctima, la cual había sido ya ataviada cuidadosamente por

sus celosos custodios; guirnaldas de graciosas y odoríferas flores cubrían su cabeza; hojas verdes y aromáticas caían en hilera sobre su vestido. Así lo conducían, con músicas y cánticos, al santuario, en donde era esperado por los sacerdotes, que, en los días precedentes, se habían preparado para el sacrificio, con ásperos ayunos y abstinencias. Allí recibían á la víctima, la desnudaban, la untaban de azul, le ponían una coraza en la cabeza, y, tomando un brebaje que en vasijas de barro estaba preparado de antemano, le embriagaban hasta adormecerle y hacerle perder el sentido. Ya los victimarios podían ejercer á mansalva su abominable oficio; pero antes era necesario proceder á una irónica purificación del lugar, con ceremonias y conjuros. Para ello se colocaban en las cuatro esquinas del atrio cuatro banquillos que ocupaban los *chaques*, ancianos octogenarios, de continente duro y circunspecto, y que por razón de oficio afectaban aspereza y seriedad. Sentados así en los cuatro angulos, tomaban un cordel en las manos, y, uniéndolo por sus cabos, formaban con él como un cuadrado recinto, en cuyo centro quedaba el templo. Pasando por encima de la cuerda tirante que sostenían los *chaques*, iban entrando al recinto los bailarines, los esbirros, la víctima y los sacerdotes. El principal de éstos se sentaba junto á la piedra del sacrificio con un brasero en la mano, maíz molido en seco, y polvo de copal; daba á la víctima un poco del maíz molido y del copal, y se lo hacía echar en el brasero para que ardiese, y esta operación repetían por orden los circunstantes, hasta concluir el último. Terminado el sahumero, uno de los sacerdotes to-

maba el brasero y un vaso de hidromel, quitaba el cordel de manos de los *chaques*, y, saliendo silenciosamente, se iba, sin volver la vista una sola vez, hasta los términos del pueblo, y allí arrojaba con imprecaciones, al basurero, el brasero, el cordel y el hidromel: con esto creían que ya los espíritus malignos estaban conjurados, y que sin estorbo podían dar comienzo al sacrificio.

Armados los de la comparsa de flechas y arcos, y al acompasado sonsonete de sus instrumentos músicos, empezaban, con la víctima á la cabeza, baile solemne en el cual, con brincos, saltos y gesticulaciones, giraban, al acorde de la música, en redor del enhiesto madero del sacrificio. Cantaban estrofas de cadenciosos himnos, y bailando y cantando, subían la víctima al madero, y la ataban de pies y manos en él, mirándola y remirándola. Venía el sacerdote, y, sacándole sangre con una flecha en parte que el decoro no permite nombrar, la recogía cuidadosamente, é iba al templo; untaba con ella el rostro del ídolo, y, saliendo luego, hacía una seña á los danzantes, los cuales, sin suspender la espantable danza, empezaban á acribillar á flechazos el corazón del desdichado que adherido al madero esperaba por instantes la muerte. Erizado de saetas quedaba su pecho, al concluirse la postrera vuelta de aquel baile fatal.

En otras ocasiones, en vez de morir asaeteada la víctima, debía de arrancársele el corazón, para ofrecerlo en caliente á los dioses. Entonces, después de dejarle en cueros vivos, y ungirle de azul de pies á cabeza, embadurnaban también de azul la piedra de los sacrificios. Verificaban el conjuro de los de-

monios, y, embriagada la víctima, los *chaques* con presteza fiera le asían de pies y manos, le tendían sobre la piedra plana y delgada del sacrificio, y le sujetaban con ruda fuerza, dejándole inmóvil y de modo que el pecho quedase turgente y listo para la cuchilla funesta. A este tiempo, ya el *nacon* se acercaba con la afilada navaja de pedernal en la mano, con el rostro sañudo y el alma despiadada, y, dándole diestramente una cuchillada entre las costillas del lado izquierdo, desgarraba el seno con ambas manos, arrancaba el corazón, y, poniéndolo en un plato de barro, lo ofrecía al sacerdote, que, con cínica serenidad, esperaba sin pestañear, aquel despojo de horror y espanto. Tomaba el sacerdote aquella entraña todavía trémula, y, corriendo, iba á untar con ella los rostros de los inmundos ídolos.

Si el sacrificio se verificaba en el interior del templo, se seguían aun otras escenas espeluznantes. Arrancado el corazón, arrojábase el cadáver que iba rodando, de las gradas abajo, hasta donde los danzantes le esperaban como en acecho: se abalanzaban sobre él, le despellejaban rápidamente, de modo que la piel quedase entera, y así, fresca y acabada de quitar, venía el sacerdote sacrificador completamente desnudo, con el cabello chorreando sangre, y, cubriéndose con aquella piel, principiaba un baile de extravagantes movimientos. La música lúgubre y monótona, las contorsiones nerviosas, horripilantes gestos, descomedidas y compasadas muecas, formaban un cuadro infernal.

Concluido el sacrificio, el cadáver de la víctima se dividía en pedazos, que se distribuían entre los concurrentes como manjar bendito que, á porfía, se

disputaban. Allí mismo, los más devotos, se lo comían, sangrando aun; otros lo llevaban á sus casas para darse opíparo festin; y los sacerdotes, modelos de crueldad, se reservaban siempre la cabeza, manos y pies. Después de tomado este alimento repugnante, se sentían en gran manera satisfechos, como si hubiesen practicado una obra en alto grado provechosa, porque las víctimas se consideraban como carne de santos, como restos que atraían bendiciones.¹

Landa. *Relación de las cosas de Yucatán*.—Cogolludo *Historia de Yucatán*.

CAPITULO XV.

Las fiestas religiosas.—Bacab y Uayhaab, fiestas anuales de preparación para el año nuevo.—Fiesta de los médicos y hechiceros.—Fiesta de los cazadores.—Fiesta de los pescadores.—Fiesta de las mieles.—Fiesta de Kukulcán en Maní.—Fiesta de todos los dioses.—Fiesta de los colmeneros.—Fiesta de la fabricación de los ídolos.—Fiesta de los maizales.—Fiesta movable del sétimo ajau.—Fiesta de los ancianos.—Fiesta de los cacahuates.—Fiesta de los guerreros.

El año de los mayas empezaba el 16 de Julio, y, en todo el transcurso de él, se iban desarrollando, en serie repetida y sempiterna, variedad de fiestas, con diversidad de objetos, y consagradas á distintos ídolos.

La fiesta principal era la de año nuevo, dedicada á todos los ídolos, y á la cual se preparaban anualmente con abstinencias, ayunos, ofrendas y plegarias, cuya duración variaba según la devoción de cada individuo. Había quienes se preparaban con tres meses de anticipación; otros, con dos meses; y los más indiferentes acostumbraban guardar trece días de ayuno. Además, los cinco últimos días del año eran de recogimiento y de pública penitencia.

Ya hemos visto que los mayas adoraban á cuatro dioses denominados *bacab*, y á quienes suponían sustentadores del mundo, ó gigantescos apoyos que le servían de base. Les asignaban á cada uno un rumbo del horizonte, de modo que creían